ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

CAPÍTULO X

LA PLEGARIA (1).

GRAN oposición muestra el llamado «espíritu moderno» á la plegaria, pues no alcanza á ver la relación de causa y efecto entre la emisión de una súplica y la realización de un suceso. Mientras tanto, tan apegado á ella se mantiene el espíritu religioso, que en la plegaria funda su misma vida. Sin embargo, aun las personas religiosas sienten á veces ciertas dudas sobre si debe considerarse la plegaria cosa racional. ¡Cómo!—piensan—¿ha de darse lecciones al QUE TODO LO SABE? ¿Ha de instarse beneficencia del QUE ES TODO BONDAD? ¿Ha de alterarse la voluntad de AQUÉL en quien «no hay mudanza, ni sombra de variación»? (2). A pesar de esto, saben, por experiencia propia y ajena, que hay «plegarias con respuesta»: resultas definidas de una súplica, realización de lo pedido.

---

(1) Gran parte de este capítulo se publicó antes en otra obra de la misma autora, titulada *Some Problems of Life*.

(2) Santiago, I, 17.

Muchas de ellas no están relacionadas con experiencias del género subjetivo, sino con hechos reales del que se llama mundo objetivo. Un hombre hace plegarias por dinero, y el correo le trae la cantidad requerida; una mujer dirige sus súplicas por alimento, y el alimento llama á su puerta. En la historia de las asociaciones de caridad hay multitud de casos de necesidades apremiantes en que el remedio ha acudido inmediato á las oraciones pidiendo auxilio. Mas, por otra parte, hay también multitud de ejemplos en que los ruegos han quedado sin contestación: hambrientos que han desfallecido hasta morir, madres á quienes una enfermedad ha arrancado sus hijos de los brazos, á despecho de los más apasionados llamamientos á la bondad divina. Un estudio serio de la plegaria debe tener en cuenta todos estos hechos.

Y aún hay más. Muchos casos se ofrecen en la materia que extrañan y confunden. Plegarias hay triviales que encuentran su respuesta, al paso que resultan fallidas otras sobre importantes asuntos; una pena pasajera es aliviada, y mientras tanto, súplicas encaminadas á salvar la existencia puesta en peligro de seres muy amados, se malogran. Imposible parece que el común investigador descubra la ley conforme á la cual la plegaria ha de ser ó no provechosa.

Lo primero que se requiere para entender esta ley, es un análisis de la plegaria misma; pues comúnmente se hace uso de esta palabra para expresar actividades diversas de la conciencia, y no es cosa de considerar á las plegarias como si formasen un simple conjunto. Hay plegarias que consisten en demandas de determinadas ventajas mundanas, de satisfacciones de necesidades físicas: suplicaciones de alimento, de vestido, de dinero, empleos, buen suceso en los negocios, cura de enfermedades. Éstas pueden agruparse en una clase que llamaremos A. Vienen luego las plegarias por las que se pide auxilio en las dificultades de un orden moral ó intelectual, ó por las que se requiere ayuda para el desarrollo espiritual: ruegos dirigidos para dominar las tentaciones, para adquirir fortaleza, visión interna, iluminación. A éstas agruparemos en la clase B. Finalmente, hay plegarias por las que nada se pide, mera concentración en lo Supremo, adoración de la Perfección divina, aspiración intensa á unirse con Dios: el arrobamiento del santo, el éxtasis del místico, la contemplación del sabio. Es ésta la verdadera «comunión entre lo Divino y lo humano», cuando el hombre se espacía en veneración y amor por AQUÉLLO que es atrayente de suyo, que promueve la efusión del alma. A estas plegarias llamaremos clase C.

Existen en los mundos invisibles Inteligencias de especies múltiples y varias que con la humanidad tienen deudo, verdadera escala de Jacob, por donde los ángeles de Dios suben y bajan, y sobre la cual se apoya el Señor mismo (1). Algunas de estas Inteligencias son poderosos Seres espirituales; otras son entidades muy limitadas, cuya conciencia es inferior á la humana. Todas las religiones reconocen la realidad de este aspecto oculto de la Natu-

---

(1) Gén. XXVIII, 12, 13.

raleza, del cual trataremos en breve con más extensión (1). El mundo todo está lleno de seres vivos, invisibles á los ojos de la carne. Nuestro mundo visible está compenetrado por mundos que no se ven, y cuyas muchedumbres de inteligentes moradores nos rodean por todas partes. De ellos hay que son accesibles á los ruegos humanos; otros hay que son ductiles á la imposición de nuestra voluntad. El Cristianismo reconoce la existencia de las clases más elevadas de estos Seres, bajo la denominación general de Angeles, y enseña que ellos son «espíritus administradores, enviados para ministerio» (2); mas lo que sea este *ministerio*, la naturaleza de su labor, su parentesco con la humanidad eran asuntos que hacían parte de la instrucción recibida en los Misterios Menores, así como la comunicación efectiva con tales Espíritus se verificaba en los Mayores: verdades todas éstas que en los tiempos modernos han quedado en la penumbra, excepción hecha de lo poco que se enseña en las comuniones Griega y Romana, pues para la Protestante, «el ministerio de los ángeles» es ya casi una frase.

A más de lo dicho, existen otros seres invisibles creados sin cesar por las vibraciones que los pensamientos y deseos humanos ponen en acción sobre la materia sutil de los mundos suprafísicos, con lo que se modelan en esta materia formas que tienen por modo de alma los pensamientos ó deseos que les han dado origen, constituyéndose así el hombre un enjambre de servidores invisibles que, ocultos á su vista, discurren, sin embargo, por el espacio tratando de realizar su voluntad, de la cual se ha derivado la única vida que los anima.

Hay también en esos mundos seres humanos compasivos que trabajan allí en sus cuerpos sutiles durante el reposo de sus cuerpos físicos en el sueño profundo, y cuyo atento oido logra percibir algún angustioso acento en demanda de socorro.

Y finalmente, por remate y coronamiento está la omnipresente y omnisciente Vida Divina que á todo responde poderosa en cualesquiera términos de sus reinos, la Vida de Aquél sin cuyo conocimiento ni un pajarillo cae á tierra (3), ni ser viviente se estremece de pena ó de alegría, ni pequeñuelo gime ó sonríe: Vida y Amor que todo lo compenetra, todo lo abarca, á todo sostiene, y en quien vivimos y nos movemos y somos (4). A la manera en que nada de lo que causa placer ó dolor, puede tocar al cuerpo humano, sin que al punto los nervios sensores lleven el mensaje del contacto á los centros cerebrales, y de ellos parta á través de los nervios motores la respuesta de bienvenida ó de repulsa, así también toda vibración producida en el Universo, que es el Cuerpo de Dios, llega á Su Conciencia y de ella arranca una acción por respuesta. Células nerviosas, hilos nerviosos, fibras musculares

(1) Véase el capítulo XII.

(2) Heb. I, 14.

(3) San Mateo, X, 29.

(4) Hechos. XVII, 28.

pueden ser agentes del sentir y el moverse; pero el *hombre* es quien siente y obra. Así pueden ser agentes miriadas de Inteligencias, pero es Dios quien conoce y responde. Nada puede haber tan pequeño que deje de afectar á Su delicada Conciencia omnipresente; nada puede haber tan vasto que la transcienda. Tan estrecha es nuestra limitación, que la sola idea de una conciencia que todo lo abarca, nos pone confusos y perturba; tal quedaría el mosquito, si por acaso pudiese aventurarse á medir la conciencia de Pitágoras. El profesor Huxley ha consignado en notable pasaje la posibilidad de que existan seres cuya inteligencia, subiendo más y más alto, cuya conciencia, ensanchándose sin cesar, alcance un nivel tan elevado por encima de la del hombre, como la del hombre lo está por encima de la del escarabajo (1). No es esto un vuelo de la imaginación científica, sino descripción de un hecho. Hay un Ser del cual la conciencia, estante en todos los puntos de Su universo, puede ser, por ende, afectada desde cualquiera de ellos. Conciencia es esta, no sólo inmensa por el campo que abarca, sino inconcebiblemente aguda además; pues el extenderse en todas direcciones de su vasta area, no merma su delicada capacidad para dar respuestas; es más sensible á la interrogación, más exacta en hacerse cargo que las conciencias más restringidas y limitadas. No es cierto que mientras más excelso sea el Ser, sea más difícil llegar á Su conciencia, sino al contrario, mientras más elevado esté el Ser, será su conciencia más fácilmente afectada.

Ahora bien: esta Vida, inmanente en todo, se sirve de las vidas á que ha dado origen, como medios de comunicación en el extenso cosmos, pudiendo así cualquiera de ellas ser utilizada como ministro de Su Voluntad omniconsciente. Para que esta Voluntad se manifieste en el mundo externo, se hace preciso un medio de expresión; y ofreciéndolo aquellas vidas en proporción á su receptividad, se convierten en obreros intermediarios entre dos puntos del universo, sean cuales fuesen. Ellas funcionan como los nervios motores de Su cuerpo, llevando á cabo la acción requerida.

Pasemos ya revista á las diversas clases en que hemos dividido las plegarias, y veamos las distintas maneras en que pueden obtener respuesta.

Cuando se hace una plegaria de la clase A, puede ser contestada de varios modos. Supongamos un hombre de natural sencillo, que tenga de Dios un concepto también sencillo, según es la etapa de la evolución en que se encuentra. Considera á Dios como su providencia, en contacto inmediato con sus necesidades diarias, y por tanto, se dirige á Él en busca de su ración cuotidiana con la misma naturalidad que un niño se dirige á su madre pidiéndole pan. Ejemplo típico de esto es el caso de Jorge Müller, de Bristol, antes de que fuese conocido como filántropo, cuando comenzaba su empresa caritativa, y no tenía amigos ni dinero. Oraba en súplica de alimento para las infelices criaturas que de todo, excepto de su liberalidad, estaban desprovistas, y siempre obtenía dinero suficiente para las necesidades más apre-

(1) T. H. Huxley. *Essays on some Controverted Questions*. pág. 36.

miantes. Pero ¿qué es lo que sucedía? Su plegaria consistía en un deseo potente que creaba una forma cuya vida y energía directora era el deseo mismo. Esta entidad viva y vibradora tenía una sola idea: la idea que le servía de alma: *hace falta ayuda, hace falta alimento;* y en condiciones tales, se lanzaba al espacio, persiguiendo su fin. Había en alguna parte un hombre caritativo que deseaba socorrer la miseria, y que andaba en busca de ocasiones oportunas para ello. Como el imán al hierro era este individuo para la forma de deseo: la atraía. Ella transmitía al cerebro del tal sus propias vibraciones: Jorge Müller, sus huerfanitos, sus necesidades; y entonces aquél encontraba salida para sus impulsos caritativos: sacaba un cheque y lo enviaba. Natural es que Jorge Müller dijese que á este individuo le había tocado Dios en el corazón para que diese el socorro que se necesitaba. Esto es cierto en el sentido más profundo de las palabras, pues no hay vida ni energía en el Universo que no venga de Dios; mas la agencia mediadora, conforme á las leyes divinas, era la forma de deseo creada por el suplicante.

El mismo resultado podría obtenerse, sin que medie oración alguna, por la persona que, conociendo el mecanismo correspondiente y su modo de funcionar, ponga su voluntad deliberada en el asunto. Para ello pensaría con toda claridad en lo que necesitaba, allegaría á sí después la clase de materia sutil más adecuada á su propósito, con el fin de revestir con ella su pensamiento, y mediante un impulso deliberado de su voluntad, lanzaría esta forma hacia un individuo determinado á quien deseara hacer presente su necesidad; y en el caso de no fijarse en ninguno, la haría recorrer su vecindad para que fuese atraída por alguien que estuviese predispuesto á prestar ayuda al menesteroso. En esto no hay plegaria; sólo hay un ejercicio consciente de la voluntad y del conocimiento.

La mayor parte de las gentes, ignorantes, como están, de las fuerzas de los mundos invisibles, y no hechas á poner en ejercicio la voluntad, logran más fácilmente la concentración del pensamiento y la vehemencia del deseo indispensables para un resultado fructuoso, elevando una plegaria que no haciendo un deliberado esfuerzo mental para que actúe su propia energía, pues acaso dudasen de sus propios poderes, aun habiéndose hecho cargo de la teoría, y la duda es fatal siempre que se trate de ejercitar la voluntad. El que la persona que ora, desconozca por completo el mecanismo que pone en movimiento, no afecta en lo más mínimo al resultado. El niño que, extendiendo el brazo, ase de un objeto cualquiera, no necesita entender cosa alguna acerca del funcionar de los músculos, ni sobre los cambios químicos y eléctricos verificados con el movimiento de aquéllos y de los nervios, ni necesita tampoco calcular la distancia á que el objeto se halla, midiendo el ángulo formado por los ejes ópticos; quiere coger el objeto que desea, y el aparato de su cuerpo obedece á su voluntad, aunque desconoce la existencia del uno y de la otra. Así, el hombre que ruega, aun ignorando la fuerza creadora de su pensamiento, construye una entidad viva, y la envía á realizar su mandamiento. Obra tan inconscientemente como el niño, y como el niño

coge lo que desea. En ambos casos es Dios el Agente primario, pues todo poder de Él emana; en ambos casos también la obra efectiva ha sido hecha por el aparato que Sus leyes han proveído.

Mas no es este el único camino por donde pueden recibir contestación las plegarias de esta clase. La voz del que pide auxilio puede ser oída por alguno que, estando fuera de su cuerpo físico temporalmente, se dedique á trabajar en los mundos invisibles; puede asimismo ser oída por un Angel que pase cerca del que dirige la súplica; y entonces uno ú otro, movido de compasión, se apresura á inspirar el pensamiento de enviar la ayuda requerida á alguna persona caritativa. Tal persona diría: «La idea de que Fulano está necesitado, me ha ocurrido de improviso esta mañana; paréceme que le vendría bien recibir algún dinero.» Y muchas plegarias reciben su respuesta de este modo, constituyéndose alguna Inteligencia invisible en medianera entre la necesidad y su satisfacción. Parte es esta del ministerio de los Angeles inferiores, quienes así acuden al socorro de las necesidades personales, como prestan su cooperación en las empresas caritativas.

El fracaso de estas plegarias se debe á otra causa oculta. Todo hombre ha contraído deudas que es forzoso que pague. Sus pensamientos torcidos, sus deseos perversos, sus acciones injustas han levantado obstáculos en su camino, que á las veces hasta por todas partes le cercan como las murallas de una prisión. La deuda de los males hechos ha de ser liberada con paga de sufrimientos; el hombre tiene que experimentar las consecuencias de sus entuertos. En vano elevará vehementes súplicas si está condenado á morir de hambre por sus maldades de otros tiempos; la forma de deseo que crée con sus intensas oraciones, buscará una y otra vez almas piadosas, sin jamás encontrarlas, pues tropezará con corrientes determinadas por las pasadas injusticias, que la desviarán de su ruta, sin dejarla tocar al término de su destino. En esto, como en todo, hemos de reconocer que vivimos en los dominios de la Ley. Las fuerzas pueden ser modificadas, ó neutralizadas del todo, por otras fuerzas que con ellas se pongan en contacto. Si de dos bolas exactamente iguales, impulsadas respectivamente por dos fuerzas también iguales entre sí, la una no es afectada en su camino por ninguna fuerza distinta, mientras la otra recibe el choque lateral de una nueva fuerza, es indudable que la primera llegará al término deseado, en tanto que la segunda se saldrá fuera de su curso primitivo. Así sucede con dos plegarias iguales: la una puede seguir su rumbo sin oposición alguna y alcanzar su objeto, al paso que la otra puede ser herida de costado por la fuerza más poderosa de un pasado de iniquidades. Una plegaria es contestada, la otra no. En ambos casos, sin embargo, el resultado es obra de la Ley.

Consideremos ahora la clase B. Las plegarias elevadas para pedir ayuda en las dificultades morales é intelectuales tienen un doble resultado: obran directamente para obtener la ayuda, y reaccionan además sobre la persona que ruega. Atraen la atención de los Ángeles y de los discípulos que trabajan fuera de su cuerpo físico, y que andan siempre en busca de mentes desoladas

á quien prestar auxilio. En su consecuencia, imprimen consejos en la conciencia cerebral, le dan alientos y la iluminan, siendo esta la respuesta más directa á la plegaria. «Y Él se apartó... y puesto de rodillas oró... Y le apareció un ángel del cielo, confortándole» (1). Se sugiere ideas que esclarecen una dificultad intelectual, se arroja luz sobre un obscuro problema moral, se vierte dulce consuelo en el corazón apenado, suavizando su consternación y calmando sus ansias. Y si ningún Angel cruzase el espacio, el grito de angustia llegaría al «Secreto Corazón de los cielos», desde donde sería enviado un mensajero á mitigar la pena, á infundir ánimos: algún Ser celestial siempre dispuesto á volar al socorro del afligido, portador de la voluntad divina para prestar el auxilio.

También acontece lo que alguna vez se llama respuesta subjetiva á esta clase de plegarias: la reacción de la súplica sobre el que la hace. La plegaria coloca al corazón y á la mente en una actitud receptiva, que acalla á la naturaleza inferior, permitiendo que la fuerza y el poder iluminador de la más alta penetre en ellos sin obstáculos. Las corrientes normales de energía que fluyen del Hombre Interno son, por lo general, encaminadas al mundo externo, y aprovechadas por la conciencia cerebral en el funcionamiento de su actividad para la realización de los asuntos ordinarios de la vida. Pero cuando esta conciencia cerebral abandona el mundo exterior, y cerrando todas las puertas que á él se abren, fija su atención en el interior, cuando se abstrae de lo externo y se concentra en lo interno, se convierte en vaso capaz de recibir y retener, en vez de mero tubo de desagüe entre aquellos dos mundos. En el silencio que sucede á la cesación de los ruidos y tumulto de las actividades físicas, puede hacerse oir la «callada vocecita» del Espíritu, y la mente, en su atención reconcentrada, es capaz de percibir el suave murmullo del Yo Íntimo.

Más notoria es la prestación de la ayuda, así de fuera como de dentro, cuando por la plegaria se demanda luz y crecimiento espiritual. No sólo hay deseo por parte de los auxiliadores angélicos y humanos de favorecer todo progreso espiritual, para lo cual aprovechan cuantas oportunidades puedan ofrecerles las almas que aspiran á lo alto, sino que además el anhelo de tal crecimiento libera energía de una especie elevada, que recaba para las aspiraciones espirituales una moción correspondiente en el reino del Espíritu. Una vez más se confirma la Ley de las vibraciones simpáticas: la nota de las altas aspiraciones hace sonar su nota similar por la liberación de energía de su misma especie, por la vibración sincrónica. La Vida divina desde arriba ejerce presión continua sobre los límites que la cercan, y cuando la fuerza dirigida desde abajo hacia lo alto, choca en esos límites, el muro divisorio queda roto, y la Vida divina inunda el Alma. El hombre que siente la invasión de esta oleada espiritual, exclama: «Mi plegaria ha obtenido respuesta: Dios ha enviado Su Espíritu á mi corazón.» Y así es la verdad; solo que

(1) San Lucas, XXII, 41, 43.

rara vez entiende que este Espíritu está siempre tratando de entrar; pues «viniendo á lo que era suyo, los suyos no le recibieron» (1). «He aquí que estoi á la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz, y abriere la puerta, entraré á él» (2).

El principio general á que se ajustan las plegarias de esta clase, es que, conforme sea la sumersión de la personalidad y la intensidad de la aspiración hacia arriba, así será la respuesta de la vida más ámplia que está dentro y fuera de nosotros. Somos nosotros mismos los que nos apartamos. Si cesamos en nuestro apartamiento, y nos hacemos uno con lo más grande, veremos cómo fluyen dentro en nosotros luz, vida y fortaleza. Cuando la voluntad separada vuelve la espalda á sus peculiares designios, y se pone á servir los propósitos divinos, la energía divina se vierte en ella. El hombre que nada contra la corriente, adelanta poco, pero el que va á favor de ella, se siente llevado por su fuerza. En todas las regiones de la Naturaleza están obrando las energías divinas; y cuanto hace el hombre, lo efectúa sirviéndose de las energías que funcionan en la dirección en que él desea obrar. Sus mayores proezas las lleva á cabo, no por energías de sí propio, sino por la habilidad con que elige y combina las fuerzas que han de ayudar á sus intentos, neutralizando las que á ellos se oponen con las que le son favorables. Fuerzas que nos arremolinarían como á pajas el viento, se convierten en nuestras humildes esclavas si marchamos con ellas. ¿Será, pues, de admirar que las divinas energías se asocien al hombre que en sus plegarias muestra su empeño de cooperar en la labor Divina?

Esta forma más elevada de la plegaria de la clase B es un paso casi imperceptible dentro de la clase C, donde ya la plegaria pierde su carácter de petición, y se convierte en meditación ó adoración de Dios. Meditación es la firme y reposada fijación de la mente en Dios, con lo cual la mente inferior sosiega, y permanece vacante por el pronto, de tal modo, que el Espíritu puede escapar de ella, y elevarse á la contemplación de la Divinidad, y reflejar en sí mismo la divina Imagen. «La meditación es plegaria muda ó *no pronunciada*, ó como dijo Platón: 'el fervoroso tornarse del Alma hacia lo Divino, no en demanda de algún bien particular (como en la común plegaria), sino en consideración del bien mismo, del Bien Supremo Universal'» (3).

Tal plegaria, porque liberta al Espíritu, es el medio de unirse el hombre á Dios. Por la acción ineludible de las leyes del pensamiento, el hombre se convierte en aquello que piensa; así, pues, si medita sobre las perfecciones divinas, reproduce gradualmente en sí mismo aquello en que su mente está fija. Esta mente, modelada conforme á lo más alto y no á lo más bajo, no

(1) San Juan, I, 11.
(2) Apocalipsis, III, 20.
(3) *Key to Theosophy*, pág. 10, por H. P. Blavatsky.

puede ya confinar al Espíritu, y libre éste, se eleva á su origen. La plegaria se ha resuelto en unión; la separación se ha dejado atrás.

La adoración ferviente, ajena á toda idea de súplica, é inspirada sólo en el puro amor de lo Perfecto, obscuramente sentido, es también medio eficaz de unirse á Dios, y el más sencillo, por cierto. Durante ella la conciencia, desde la estrechez de los órganos cerebrales, contempla en mudo éxtasis la imagen que se forma de Aquél de quien sabe que traspasa todo poder imaginativo; y es caso frecuente el de individuos que, arrebatados por la intensidad de su amor más allá de los límites del intelecto, se encuentran como Espíritus libres en regiones donde, transcendidos aquellos límites, sienten y comprenden mucho más de lo que á su vuelta pueden contar por medio de palabras ni expresar en forma alguna.

Así ve el Místico en la Visión Beatífica; así reposa el Sabio en las profundidades de la Sabiduría que se escapan al conocimiento; así contempla á Dios el Santo que alcanza la pureza. Esta es la plegaria que emite el adorador ferviente; y cuando desde la montaña en que tan alta comunión se verifica, desciende á las llanuras de la tierra, su rostro se ilumina con luz suprema, transparencia de la llama que arde dentro. ¡Feliz el que conoce la realidad que ninguna palabra puede llevar al ánimo de los que la ignoran! ¡Feliz aquel cuyos ojos han visto «al Rey en Su gloria!» (1). Ellos recordarán, ellos comprenderán.

Entendida así la plegaria, es patente su necesidad, sentida de siempre en todos los cultos religiosos, y también es claro por que ha sido tan recomendada su práctica por todos los que se aplican á conocer la vida más elevada. Los que estudian los Misterios Menores, deben hacer plegarias de las comprendidas en la clase B, poniendo además su empeño en levantarse á la meditación pura y á la adoración de la clase última, y excusando del todo plegarias de la clase inferior. A éstos vendrá bien tener idea de las enseñanzas de Iámblico sobre el asunto. Dice Iámblico que las plegarias «establecen una comunión sagrada é indisoluble con los Dioses», y pasa luego á dar algunos pormenores interesantes acerca de la plegaria, según se la considera en el Ocultismo práctico. «Cosa es esta, por su naturaleza, digna de ser sabida; pues perfecciona la ciencia que atañe á los Dioses. Diré, pues, que la primera especie de plegaria tiende al Recogimiento, y á la par nos pone en contacto con la divinidad, y despierta en nosotros su conocimiento. La segunda especie es lazo de armoniosa Comunión, por cuya virtud se promueven, antes que la energía de lenguaje, los dones que los Dioses comparten con nosotros, y se perfeccionan nuestras obras antes que los conceptos intelectuales. Es la tercera y más acabada especie, sello de la inefable Unión con las deidades, en quienes la plegaria cifra todo su poder y autoridad, con lo que da al alma descanso en ellas, como en puerto de seguridad inalterable. Pero de estos tres actos, suma de todas las medidas divinas, granjea quien con ado-

(1) Isaías, XXXIII, 17.

ración suplica, no sólo la amistad de los Dioses, sino también tres frutos, y éstos en grado máximo, los cuales son otras tantas manzanas de oro del jardín de las Hespérides. El primero se refiere á la iluminación; el segundo á una comunidad de obra; mas con la virtud del tercero se recibe la perfecta plenitud del divino fuego... Ninguna operación puede tener buen suceso en la esfera de lo sagrado, como no medie la plegaria. Finalmente, su ejercicio continuo vigoriza el entendimiento, y hace al receptáculo del alma mucho más apto para la comunicación con los Dioses. De igual modo es la llave divina que abre al hombre la puerta del santuario de aquéllos; nos habitúa á mirar las espléndidas corrientes de la suprema luz; en corto espacio purifica nuestros más escondidos senos, y los dispone para el contacto y abrazo indecible de los Dioses, y no cesa hasta dejarnos en la más alta cima. De igual modo, por grados y en silencio, endereza las costumbres del alma, despojándola de toda cosa extraña á una naturaleza divina, y revistiéndola de las perfecciones de los Dioses. Establece asimismo una comunión y amistad indisolubles con la divinidad, alimenta el amor hacia ella, y enardece la parte divina del alma. Cuanto haya en ésta de contrario y opuesto, lo redime y purifica; expulsa todo lo que á la generación propende, y pone coto á los residuos de mortalidad en su espíritu etéreo y luminoso. Da la última mano á la esperanza y á la fe en la recepción de la divina luz; y en resumen, convierte á los que la emplean en domésticos y familiares de los Dioses» (1).

De tal estudio y de tal práctica se deriva un resultado inevitable, tan pronto como el hombre comienza á entender, y á darse cuenta del género de vida humana más ámplio que se despliega ante su vista. Echa de ver que con el conocimiento se ha hecho más poderoso, pues se contempla rodeado de fuerzas que es capaz de comprender y manejar; y advierte además que sus poderes aumentan en la proporción que aumenta su sabiduría. Aprende luego que dentro de sí mismo lleva oculta la Divinidad, á la cual nada efímero puede satisfacer, cuyos anhelos sólo puede calmar la unión con lo Uno, con lo Perfecto. Gradualmente se despierta en él entonces la voluntad de marchar con lo Divino al unísono, y deja de buscar con vehemencia las mudanzas, y de arrojar, por tanto, nuevas causas sobre la corriente de efectos que constituyen su vida mundana, y que son el producto de aquellas otras causas que en anteriores existencias engendrara. Se reconoce más gerente que dueño, más servidor que amo: no fuente, sino canal; y en consecuencia, procura descubrir los designios divinos para obrar con ellos de consuno.

Cuando un hombre ha llegado á tal punto, está por encima de toda plegaria — salvo la que consiste en meditación y adoración — pues nada tiene que pedir, ni en este mundo ni en otro alguno; y así, permanece sereno, tratando sólo de servir á Dios. Este es el estado de Hijo, donde Su voluntad es una con la del Padre, y donde la sosegada entrega se verifica: «He aquí que

(1) En los Misterios, sección V, cap. 26.

vengo para hacer tu voluntad, Dios mío. Quíselo; y tu ley en medio de mi corazón» (1). Toda plegaria, entonces, se considera innecesaria; toda petición impertinente. No es posible desear cosa alguna que no esté ya en los propósitos de esta Voluntad, los cuales se traducen en manifestación activa, según que los agentes de esa Voluntad se van perfeccionando en la tarea.

(Se continuará.)



EL MISTERIO (2)

(NATURALEZA Y RELACIONES DE LO MARAVILLOSO)

Alles was geschieht geschieht nothwendig.
Todo lo que ocurre, ocurre necesariamente.
A. SCHOPENHAUER.

I

SEÑORES: He solicitado esta cátedra para exponer á vuestra consideración algunas ideas que, si por viejas merecen veneración alguna, por lo que tienen de informadoras del alma contemporánea requieren una exposición inmediata. Sálvelas de su atraso lo que tienen de nuevas.

Los grandes adelantos materiales, todas esas conquistas de la ciencia en beneficio de la especie humana, no sirven, sin embargo, para remediar nuestros dolores ni mitigar nuestra angustia. Es más; al lado de esos progresos ha progresado paralelamente la desdicha del hombre, haciéndole tan triste adelanto maldecir y blasfemar de aquellos otros, á los cuales, por una perversidad mental, disculpable en los que sufren, considera

(1) Salmo XXXIX, 8 y 9. *(Vulgata latina).* — En el original se cita: *Ps. XL.* 7, 8, *Prayer Book version.*

(2) El presente trabajo, que forma parte de una extensa obra científica sobre lo maravilloso, ha sido dado á conocer en forma de conferencias en el Ateneo de Madrid, ante un numeroso y selectísimo público, en el que causó verdadera impresión por la novedad y sinceridad de sus afirmaciones. SOPHIA comienza hoy á publicar con verdadera satisfacción la conferencia que se oyó en el Ateneo la noche del 14 de Abril de 1903.

como crueles refinamientos del Destino para aumentar la mortificación diaria; algo como esos hipócritas cuidados que se guardan á un reo de muerte; en fin, una suerte de euthanasia para aminorar, sin extinguir el dolor del último trance.

El pensamiento cruza hoy con más velocidad el espacio, y salva en pocos momentos considerables distancias; los órganos de sentido han adquirido en cierto modo formas tentacularias; ingeniosos y sencillos mecanismos hacen que una rueda ó una palanca centupliquen nuestra actividad en el trabajo. . .

Pero ¿qué alma tiene ese pensamiento que cruza tan veloz, encerrado en los cables ó en los hilos del telégrafo? ¿Qué dolor han aliviado las formas tentacularias que han tomado la voluntad y los sentidos gracias á los timbres, á las lentes, al fonógrafo. . .? ¿Han redimido las máquinas á esos hombres á quienes han deformado las manos? No.

Nuestro dolor y nuestra angustia no sólo subsisten, sino que se han hecho más patentes y visibles.

Todos seguimos siendo esclavos, y la libertad es, hoy como antes, según la bella definición de Spinoza, así para los más inteligentes como para los más incultos: «el desconocimiento de los móviles que nos impulsan á obrar.»

A veces un concepto puramente idealista y espiritual de la vida nos eleva y conforta, pero pronto las miserias diarias nos llaman á la realidad atestiguando nuestra soberbia y nuestra derrota.

En otros casos creemos resolver todas las antinomias sistematizando nuestras ideas en sentido material, y entonces, en un día cualquiera, por encima del materialismo que preside tal existencia, un dolor íntimo, una pena sin fin y término nos hace escapar al mundo del espíritu y de la poesía, del que volvemos satisfechos en parte, pero avergonzados siempre para presentarnos ante el sistema de nuestras creencias, como si volviésemos de un prostíbulo donde hubiera rendido el cuerpo y ajetreado la carne.

¡Pcht! El mal sigue. Seguimos en la esclavitud y en la dolencia, y acaso el sistema filosófico ó la creencia religiosa que cada uno profesa es el único é imprescindible don, heredado por fuerza é impuesto por el Destino, aparentemente libre de nuestra inteligencia, para mitigar el hambre que nos devora las entrañas.

Volvemos á nuestro hogar entristecidos y enfermos, con el disgusto en el alma y el corazón oprimido, como el pobre que saliendo á la calle por viandas para comer el pan atrasado de su alhacena, vuelve sin ellas y come aquél sólo, encontrándolo al fin, entre mordisco y mordisco, sabroso de todos los sabores que imagina la no satisfacción de su deseo.

El sistema de interpretación de la vida que tiene cada uno es su misma vida. ¿Para qué predicar otro á las gentes? No prediquéis. Todos los hombres son buenos. ¿Qué duda cabe? Todos sufren. Nuestra hermandad se funda más en la igualdad con que sentimos el dolor, que en la semejanza de caracteres físicos que nos adornan. Así es como, por el dolor y la muerte, entran en la humanidad los hermanos menores del hombre, los animales y las plantas y los seres todos, ampliando el concepto de hermandad del ilustre Michelet.

Las plantas sufren, los animales se mueren de pena, y los cristales, después de descomponer las luces, desfallecen y enferman.

En todas partes está el mal, y hoy como ayer, como siempre, dos llamas pálidas y amarillas, como las de dos lámparas de espíritu de sal, alumbran en los dos polos de la vida: la duda en el cerebro y la angustia en el corazón.

A pesar mío veo que me arrastro y resbalo por la suave pendiente de una depresión enferma, y que os arrastro también á cuantos leéis ú oís mis palabras, más que por ansia de cultura alguna, por deferencia fundada en la comunidad de la desgracia.

Y es que nuestra vida está enferma y atormentada, no por las sombras de la muerte, sino por un miedo horrible á las asechanzas de los dolores y de las penas eternas, sin conclusión ni término, como las ofrecidas á nuestras faltas por el cruel y despiadado código cristiano.

La aspiración de los pobres, de los humildes, es el alivio del dolor más que la conquista de la felicidad, imaginada por todos como la luz de aquel cuento, que se aleja á medida de nuestros avances hacia el sitio donde creemos que existe.

El arte nuevo, nuestro arte, el arte de nuestros días, es nuevo por acusar desconocidos matices, para otras edades, de la luz del dolor. Antes padecían los hombres las enfermedades y la muerte bajo los rayos incandescentes y deslumbrantes de un sol pomeridiano; los héroes y los dioses de las antiguas teogonías—

acaso los únicos hombres reales que han existido — se bañaban en luces tan purísimas como fuertes, ó caían en el olvido de la derrota y el vencimiento en las sombras densísimas y negras del abismo sin luz.

En el cielo de los homéridas, el arco iris tiene solo cuatro colores; los héroes y los dioses de los scaldas conocen un color menos en el suyo; y entre nosotros, Isidoro de Sevilla solo distingue los cuatro que conocieron los griegos.

Los colores puros, primitivos, sin composición ni mezcla: así conocieron la luz los antepasados nuestros, y así la hemos conocido un poco nosotros, hasta el afinamiento de los sentidos y el descubrimiento de los matices y de las mezclas.

Colores puros, nobles; así es como se usaron por los primitivos, por los ingenuos, por los videntes de las almas de los cuerpos, que pintaron sin pintar para pintar lo que apenas pintarse puede.

El alma nueva, el alma de hoy, conoce otros colores porque ha penetrado en las sombras, y animándolas las ha coloreado, viendo en ellas todas las evanescencias del sentimiento.

He aquí cómo el alma moderna, al despertar y revelarse á la vida, busca en los tintes crepusculares el fondo de sus paisajes. Sí; es que el dolor ha descubierto nuevos tonos en el sufrimiento, siendo los más enérgicos los que parecen menos entonados y definidos. Antes se moría de insolación regando en los trigales las doradas mieses; hoy se muere de tedio detrás de las vidrieras de la sala señorial, á la luz atenuada y tibia que tamizan los encajes de Brujas y Valentinois ó la persiana de nipa.

La luz moderna, incolorada y fina, hiere los ojos con la suave dulzura del acero pulido, y va hasta el alma para fijar en ella las almas y los espíritus de las cosas.

Y es que nuestro progreso visual no terminará hasta desgarrar las sombras, hasta que lleguemos á ver en plena obscuridad, perdiendo por fin los ojos para la visión suprema; y así nos fundiremos visualmente con el objeto, como nos fundimos hoy con las almas amigas en esas largas conversaciones del silencio, mientras nuestros cuerpos, al parecer indiferentes, dejan en un plano superior ó astral que se besen y abracen los pensamientos inmaculados, por no haberse proferido nunca. . .

Ved cómo la preferencia crepuscular del arte nuevo, ese amor á la duda de las luces, lejos de ser una tendencia sistemáti-

ca, hija de los sueños del vino de Hoffmann; del alcohol de Poe, del opio de Quincey, de la morfina de Gerardo de Nerval, más que un producto artificial, como esas orquídeas caprichosas y fantásticas de las *serres chaudes*, es la expresión de la angustia que sentimos por igual todos los hombres; de esa angustia indefinible, perdurable y eterna, cuyo eco débil, muy débil, se oye en los fragmentos rapsódicos del *folk-lore* universal y de un modo más claro se evidencia en la egoarquía estética de los artistas modernos, y, más aún, en las formas políticas más avanzadas: el socialismo y la anarquía.

¿Qué mal es éste? ¿En qué consiste? *¡Chi lo sá!*

—Nuestra desgracia es muy grande, señor — dice un hombre del pueblo—; parece que alguien ha maldecido á la familia. Estas cosas son corrientes. ¿No es verdad, señor? La vida es así, mala: un castigo.

Otro hombre más elevado y más culto, pero ligero y un poco frívolo, se lamenta también de su Destino. Afirma que hay rachas buenas y malas, abundando más éstas que las otras.

Otro, en fin, más grave, más atormentado, os confiesa su mal, mirando á todos lados antes de pronunciar la palabra sagrada, la frase única que le ha quedado en la gran depuración de las verdades, como una gota de esencia después de mil manipulaciones químicas: ¡Amigo mío, somos juguetes de algo superior que se entretiene con nosotros!

¿Conocéis ya el mal? Es este; no es otro. Nada, casi nada, y sin embargo, es todo, absolutamente todo: el desacuerdo entre el deseo y la realidad.

Los más fuertes, emborrachándose de la vida, de la luz y de la fuerza, llevan la guerra y la desolación á todas partes, creyendo desprenderse del mal realizándolo en el mundo, como la ira se deshace en el espacio después de descargar un golpe. Los humildes, y también los más elevados, se remedian del mal orando de rodillas ante las aras del culto ó resignándose hasta la anulación de la voluntad.

Plutarco dice que los hombres, crueles ó dulces, cuando se olvidan de los dioses ó los desconocen, se hacen impíos ó supersticiosos, sufriendo más éstos que aquéllos. Dice también el mismo, que no hay estado peor que el sufrido en el proceso supersticioso, en el que toda decepción posee al individuo como una fiebre.

Así es; pero muertos los dioses y enterrado el Dios de los cristianos hace tiempo—al que más se adora en su crucifixión que en su ascensión definitiva á los cielos—la superstición no existe como temor á una fuerza metafísica, existe como medio de crear una voluntad que no se tiene, ó como estímulo y medicina de la débil y vacilante que poseemos. Así es como el amuleto ó el talismán nos da fuerza garantizándonos el triunfo, y como la abstención de las acciones de mala suerte nos animan para la prosecución de la empresa.

Sí; nuestra superstición, las supersticiones de todos, sean lo que sean, merecen llorarse cuando se pierden con el mismo dolor con que Juan Pablo se lamentaba haber perdido las suyas. Porque la superstición es una lámpara de luz divina, menos aún, una chispa de fuego que sirve para orientarnos en el origen de la Ciencia, de la Poesía y del Derecho.

Rafael Urbano.

(Se continuará).

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN)

El *tat twam asi* de los indios, la idea de la transformación indefinida de los mundos, encuentra también en el hilozoismo su completa y cabal explicación. En efecto, esa idea está fundada en la ley del progreso ó de la evolución. Esta ley, admitiéndola en el sentido del transformismo experimental, es solo una sucesión de hechos y no una causa (1). Para ser causa tiene que ser, si no superior, igual en naturaleza á sus efectos; pero la naturaleza de los efectos es espiritual; luego la causa, es decir, la ley de la evolución, tiene que ser también espiritual.

¿Se negará acaso la espiritualidad de los efectos para acusar á mi argumento de petición de principio? A esto nada he de responder, porque si toda doctrina filosófica que proclama el efecto espiritual al lado de la supuesta «causa material» para exigir al mecanicista que refiera el primero á la se-

(1) Con agradable sorpresa he leído la misma observación metafísica en el genial astrónomo Flammarión, *Le monde avant la création de l'homme.*

gunda, es tachada de petición de principio, será preciso renunciar á toda ciencia y desterrar la lógica del mundo. El estudio imparcial del universo nos conduce á admitir en todas partes un elemento dinámico superior á la materia visible y que obra sobre ella por un intenso poder de conservación y un impulso á variar y reproducirse. Con esta opinión conviene lo que afirman los naturalistas Caspari, Duprel, Dietrich y otros, estableciendo leyes lógico-mecánicas de afinidad en las formaciones orgánicas. Con arreglo á este dato, es indudable que si el mundo no poseyera en sus átomos un afán psicofísico de conservarse, habría ya el tiempo llegado á un estado que representaría el equilibrio eterno y absoluto de las masas, ó sea de sus partes entre sí.

Un escritor francés (1) opina que, en los casos de anonadamiento aparente del espíritu por anomalías corporales, demostrar la realidad del mismo por relaciones temporales ó espaciales equivale á describir lo indescriptible, pues el tiempo ha desaparecido y el espacio ya no existe; de manera que, según él, los actos espirituales son entonces las únicas substancias realmente *tangibles*. Sin ir tal vez tan lejos como él en las consecuencias prácticas de esta idea, no puede negarse que los psicólogos empíricos y materialistas, aferrándose en sus deducciones á las formas kantianas de la sensibilidad y del pensamiento, no echan de ver que forma implica materia y que no hay materia ni fuerza más que en el proceso del espíritu que las conoce; que, por lo tanto, en las relaciones superiores de éste, en los estados que le desprenden de las ligaduras del cuerpo y le hacen capaz de gozar de su propia naturaleza, la forma carece de sentido, porque el espacio constituye un obstáculo y el tiempo queda destruído (2). Davy (3) ha demostrado este hecho en una de sus observaciones personales más interesantes. Este químico, que goza de reputación universal merced á sus numerosos descubrimientos (relativos al potasio, al carácter hydrico de los metales, á las relaciones entre los álcalis y el amoniaco, etc.), fué el primero que analizó el protóxido de azoe. Desde sus primeros ensayos respiró de él una fuerte dosis y perdió el cono-

(1) D'Espérance en un libro que intitula *Au pays de l'Ombre*, pág. 292.
(2) No estará demás advertir que Kant no participaba de las ideas exclusivistas de sus secuaces; en una de sus obras más célebres escribía: "Por lo que hace á las historias de los aparecidos, son siempre escuchadas y bien admitidas en la intimidad, pero implacablemente desacreditadas ante el público. Podemos estar seguros de que nunca una academia de ciencias elegirá para abrir concurso un tal problema, no porque cada uno de sus miembros esté convencido de la futilidad y de la mentira de todas esas narraciones, sino más bien porque la ley de la prudencia ha puesto límites discretos á su examen. Las historias de los aparecidos encontraron siempre creyentes secretos, y serán siempre, en público, el objeto de una incredulidad de buen tono. En cuanto á mí, la ignorancia en que estoy de la manera con que el espíritu humano entra en este mundo y de su suerte futura, me obliga á no negar la verdad de los diversos relatos á que aludo. Por una reserva que parecerá singular, me permito poner en tela de juicio cada caso particular, y por lo tanto, creer todos los casos verdaderos en su conjunto."
(3) *Les derniers jours d'un philosophe*, pág. 21.

cimiento. Durante esta situación sintió impresiones cerebrales más extraordinarias que en el sueño normal, y una efímera, pero aguda, frenopatía; y después de reconocer en semejante estado conciencia más íntima y más viva de sí mismo que en el estado natural, terminó así su auto-experiencia: «Nada existe más que el espíritu; *el universo se compone de impresiones, de ideas, de penas y de placeres.*» Sin llegar á tales extremos de psiquismo y de animismo, el sistema físico dinámico de los Ampere, los Cauchy, los Seguín, los Moigno, los Saint Venant, concede á los cuerpos una fuerza esencial que les corresponde antes que la extensión, que pasa más allá que la materia y que obliga á considerarla como un ser animado en todas sus partes, como la *physis* de los antiguos, como el gran organismo llamado «macrocosmos» por los filósofos de los siglos XV y XVI.

«El materialismo—dice Flammarión (1)—es una hipótesis que no ha podido sostenerse desde que hemos empezado á conocer mejor la *materia.* Esta, tal como la ciencia la determina, no ofrece ya el sólido punto de apoyo que se le atribuía. Los cuerpos están compuestos de millares de átomos movibles é invisibles que no se tocan y que se hallan en perpetuo movimiento unos alrededor de otros; dichos átomos, infinitamente pequeños, se consideran analizados en sí y por sí, como centros de fuerza. ¿Dónde está la materia? En parte alguna: desaparece en el dinamismo.» Así, puede decirse que el materialismo que predica la inseparabilidad ó identidad de la materia y de la fuerza, no es un materialismo genuíno, sino un materialismo ecléctico, una fusión inconcebible de atomismo y de dinamismo. Para el verdadero materialista, la fuerza no puede ser sino un resultado de la agregación de la materia; el nacimiento otro fenómeno de agregación; la muerte una separación de elementos materiales preexistentes; el movimiento ó vida de la materia una combinación nueva de cosas que existían ya antes, y el mundo entero, tal como á nuestros sentidos aparece, el efecto de un mecanismo exterior. De modo que en la hipótesis de los materialistas nada nace ni perece, y cuando decimos que algo muere, debemos entender que no se verifica más que un cambio en una modalidad material, una descomposición accidental y momentánea, una variación casi imperceptible de la masa infinita de la substancia que sigue siendo siempre la misma, que no puede aumentar ni disminuir. Por el contrario, en la teoría dinámica, nacer y perecer es toda la existencia, la fuerza una condición esencial y primaria de la materia, el movimiento la causa de todos los efectos del mundo, y éste una actividad viviente sólo explicable por un poder interior de transformación. A pesar de esto, á pesar de que es un absurdo llamarse materialista y nombrar siquiera la palabra fuerza, los materialistas modernos, que poseen los suficientes conocimientos positivos para comprender la impotencia y la falsedad física y filosófica del antiguo atomismo, se guarecen como en una fortaleza inexpugnable en el principio de la unión de la materia con la fuerza; no razonan *à*

(1) *L'inconnu et les problèmes psychiques*, pág. 9.

priori, de la fuerza á la materia, ni de la materia á la fuerza, sino *à pari*. Estarían, sin duda, en su derecho si arguyesen dentro de los límites de la física y del puro empirismo; pero el materialismo, como sistema filosófico, debe, si es que ha de fundar en algo la explicación universal del mundo y de la vida, reconocer la preexistencia y superioridad de la materia respecto á la fuerza y explicar todos los fenómenos externos é internos por la reunión y la dispersión de los elementos materiales.

IV.—Base mecánica de la concepción hilozoista

Diré por de pronto, con el fin de despejar mi camino, que la naturaleza no conoce vacío ni reposo determinables en el espacio ni en el tiempo. Todos los pensadores están de acuerdo sobre este punto. «El vacío absoluto y la solidez absoluta—tomando las palabras de Kant—son en la ciencia natural, sobre poco más ó menos, lo que la casualidad y el destino ciego en filosofía, esto es, una valla plantada contra el imperio de las leyes racionales, para substituirlas con una ficción.» «Nada—escribe por su parte Guyau—está en reposo. El átomo de aire que parece el más inmóvil, recorre en sus vibraciones, según Clausius, 447 metros por segundo en un espacio de 95 millonésimas de milímetro, y recibe durante este tiempo 4 millares 700 millones de choques. El átomo vibrante de hidrógeno recorre en un segundo 1.844 metros. El reposo es una ilusión humana.»

Con estos antecedentes, acerquémonos al fondo del mecanismo natural, para patentizar que, en realidad, lo quieto y lo estable no está aparte de lo que se mueve, y veamos si la teoría de las relaciones dinámicas será mucho más inteligible sustituyendo la idea de reposo por la de equilibrio. Esta insinuación no la hago sin fundado motivo. Como acabo de indicar, en la naturaleza no existe el reposo absoluto; pero sí existe el reposo relativo ó equilibrio, es decir, el acto en virtud del cual un cuerpo atraído ó solicitado por varias fuerzas, cada una de las cuales obra sobre él con igual intensidad, se ve obligado por esta acción común de dichas fuerzas á permanecer inmóvil. Lo propio puede decirse de la *inercia*, supuesta hasta hoy efectiva y real. Ó la palabra inercia no significa nada, ó por necesidad debe reducirse al concepto de fuerza. Y la *fuerza de inercia* no es una frase paradógica. Esta inercia no es el reposo absoluto, sino el movimiento pasivo, la actividad negativa de la materia. Los físicos ven en la fuerza de inercia una manifestación de fuerza mecánica. La inercia en sí no es más que una resultante de las situaciones de equilibrio que produce la gravitación universal; y refiriéndonos á la tierra, que es el campo de acción de nuestra experiencia, puede decirse que la inercia es un producto de la gravedad, ó la combinación de esta fuerza con la resistencia de los cuerpos. Ahora bien; la experiencia prueba, y en todos los péndulos lo podemos observar, que la gravedad se trueca en movimiento. Luego la inercia es causa, si no eficiente, condicional de dicho movimiento, y las falsas aplicaciones metafísicas que se han hecho de la ley

de la inercia, sólo sirven para obscurecer la luz de los hechos. Por ejemplo: mientras el atomismo cartesiano imperó en la filosofía, no se podía concebir al mundo sino como una apariencia donde la acción divina lo era todo. Afirmábase que las cosas no tenían movimiento propio; que éste se les había comunicado desde fuera (1); que si su creación había sido sobrenatural, su formación y sucesivo desarrollo se había llevado á efecto por una sucesión mecánica de estados y de formas; que el porvenir del universo está escrito en el menor de sus átomos. Así, Descartes desfiguraba el principio de causalidad, presentándoles en estos términos: *Toda cosa permanece en el estado en que se encuentra, mientras no haya algo que venga á mudarla.* De donde resulta que el Dios de Descartes, enteramente inútil y ocioso para todo lo demás, hallaba en la sola impulsión primitiva de la materia una ocupación digna de sí, pues el famoso pensador francés asegura que todo lo acaecido, á contar desde la fecha en que se dió ese impulso inicial, no podía dejar de ocurrir, y que si el universo recomenzase *ab ovo*, si sus átomos se colocasen en el lugar que ocupaban en el principio de los tiempos, si volviesen á adoptar la disposición que tenían en el comienzo de las cosas, pasarían por las mismas fases, se verían inevitablemente conducidos de nuevo al actual estado de cosas, tendrían que producirse necesariamente hasta llegar á ser lo que son, y los destinos del orbe se deslizarían y realizarían en la misma forma y en el mismo orden que anteriormente. La filosofía peripatético-cristiana tiene de la creación más elevado y verídico concepto al proclamar con Aristóteles que cada ser recibe de Dios, según su aptitud, *el ser con la vida*, y por consiguiente, el bien. Es, en efecto, imposible comprender á la creación como punto de partida, y al bien como fin, sin afirmar la indivisibilidad de la acción providencial y la espontaneidad de los seres dentro del gobierno divino de la naturaleza. Cualquier otra conciliación de las operaciones divinas y de las operaciones autónomas de las criaturas, no podrá menos de ser artificial y conducir á los absurdos ocasionalistas. Y aunque después de producido haya de ordenarse el mundo á un fin determinado, este fin no se realiza del modo que pretenden los cartesianos, sino según la razón de bien, y contando siempre con la acción de la libertad; pues sabemos que Dios no expresó en su obra sino lo que voluntariamente pensó, y que, aun en el orden del tiempo, lo pasado y lo futuro son términos contrarios y aun contradictorios, que vienen expresando, el uno la existencia y el otro la no existencia, y que sólo tomados en la sucesión pueden estimarse mutuamente convertibles.

Aunque hago muy gustoso esta concesión á los discípulos de Aristóteles, no por eso se entienda que apoyo y creo en las conclusiones de su formalismo. Las cosas naturales tienen que ser observadas formalmente; pero la

(1) Semejante afirmación no explicaba, ni podía explicar, la coexistencia del movimiento de rotación con la fuerza atractiva de los cuerpos, ni las líneas circulares que éstos siguen en virtud de la combinación de las direcciones centrífuga y centrípeta.

forma, por su naturaleza ¿no se refiere más á las relaciones exteriores que á las internas? La doctrina del dinamismo, probada ya por las necesidades de la metafísica, conviene igualmente á la deducción física y á la esfera del mundo fenomenal. Significa que en los mismos cuerpos minerales las partes mínimas de la substancia son afectadas por fuerzas externas y obran unas sobre otras también por fuerzas atractivas y repulsivas, pero sus formaciones y transformaciones concretas están, por decirlo así, disueltas en las manifestaciones generales del equilibrio y del movimiento. Porque cada una de estas manifestaciones requiere la continuidad de la vida, y la continuidad de la vida es notoriamente tan universal como la continuidad de la fuerza.

Pero nada digamos de esto: entendamos, como dije más atrás, por vida mineral, la simple energía mecánica. ¿Se habrá de seguir de aquí que no hay más principio de acción para los cuerpos inorgánicos que su forma? ¿En nombre de qué se podría defender absurdo tan manifiesto? Sólo en nombre de la autoridad de santo Tomás; pero ¿hemos de cerrar los ojos á las revelaciones de la ciencia moderna? La gran construcción filosófica formada en los últimos tiempos sobre la base de los estudios físicos nos enseña que la forma es una abstracción sólo útil para las deducciones ideales de las matemáticas, y que el verdadero principio constitutivo del universo, así en lo infinitamente grande, como en lo infinitamente pequeño, es la *fuerza* ó la suma de las energías cósmicas.

Se comprueba esta tesis aun en aquellas propiedades de la materia que más estáticas parecen y que más indiferentes son al desarrollo del movimiento. Tal sucede, por ejemplo, con la impenetrabilidad. Si santo Tomás asegura que esta propiedad es solo un estado actual de las cosas y no un efecto de la energía, Duns Escoto le replica muy acertadamente que todo su talento no le ha eximido de alterar dos ideas. Porque una cosa es que en la idea de materia vaya envuelta la idea de impenetrabilidad, y otra que en las relaciones entre cuerpos impenetrables juegue una fuerza, la de la capacidad de resistencia, resultante de fuerzas de expansión y cohesión. Considerada en tal sentido, la impenetrabilidad no es ya solo una cantidad, sino una cualidad, un *agens extensum*, pues requiere una receptividad exterior ó matemática, que á su vez exige movimientos previos de atracción y repulsión. Toda la física contemporánea está implícitamente contenida en este principio, y Kant no ha hecho más que enunciar con más desarrollo las ideas de los dos grandes pensadores de la Era moderna, Telesio y Leibnitz, cuando tan bien ha marcado en sus *Metaphysische Anfangsgrunde der naturewissenschaft* la deducción ó construcción ideal de la materia por la combinación de las fuerzas. Materia es para Kant lo movible, en cuanto llena una parte del espacio. Empero llenar espacio significa resistir á todo lo movible que tiende á penetrar en una parte del mismo mediante su movimiento: el espacio no está, pues, ocupado por una masa de materia bruta, sino por una fuerza motriz especial. Esta fuerza es la fuerza repulsiva, que, llenando todas las partes exteriores del espacio, es al mismo tiempo la fuerza expansiva,

que no deja intervalo alguno vacío. Pero la materia no estaría contenida dentro de ningún límite de extensión por su fuerza repulsiva sola, si no fuese ésta contrarrestada por la fuerza de atracción ó contracción que limita á aquélla, obligándola á ocupar un espacio determinado. Quien imagine—dice Schelling (1)—que no puede reconocer una acción ó combinación de fuerzas sin *substratum* material, prueba con esto mismo la inanidad de su concepción, esto es, de su propio pensamiento, en el cual aquel *substratum* meramente lógico se multiplica fatalmente hasta lo infinito. Ilusión, y nada más que ilusión, dejar á los objetos la substancia después de quitarle sus atributos dinámicos. ¿Creeremos, por ejemplo, que la impenetrabilidad está adaptada á la materia? No, puesto que es la materia misma.

Por la observación de las fuerzas llamadas inorgánicas, los principios de las que existen en los cuerpos orgánicos quedan explicados por la ley metafísica de la *continuidad*, gracias á la cual se conserva en la variedad de los seres la armonía. Las leyes fisiológicas confirman la misma idea de una manera harto evidente para que podamos temer las objeciones del idealismo absoluto. «Por las percepciones sensitivas—dice Pesch—nos enteramos, no sólo de como las cosas obran, sino también de como son. Cuando palpo la mesa, no sólo siento cierta resistencia, sino que siento directamente el objeto que la opone á mis manos. Cuando veo, los objetos tocan á mi órgano de la visión por mediación del éter, y yo los toco mediante el mismo flúido de manera parecida á como toco la mesa con una varilla puesta en la mano y apoyada sobre la mesa. *Las cosas se presentan por su acción á nuestros sentidos como son...* El que, como los dinamistas, haga constar todas las cosas corpóreas de seres simples y que llenan el espacio, no con su ser, sino sólo con su acción, debe confesar que propiamente el objeto de nuestras percepciones es solamente espacio lleno de actividad; y claro es que en este sentido todo espíritu, sin exceptuar á Dios mismo, puede ser objeto de ellas.»

Estas frases de Pesch dan á conocer en cierto modo los límites de nuestro problema; pero son algún tanto injustas en la acusación de espiritualismo absoluto que envuelven. Prescindiendo de la supuesta necesidad de hacer á Dios mismo objeto de la percepción sensible (pues las dificultades que ofrece la conciliación del problema del conocimiento físico con las exigencias de la razón nos llevan, sin poderlo remediar, á la admisión de otro espíritu que produce las ideas en el nuestro, según ha defendido con valentía, entre otros, el obispo Berkeley) (2), no es cierto que desde ese punto de vista es preciso suponer que el objeto de nuestras facultades perceptivas es solamente espacio lleno de actividad. Ningún verdadero dinamista ha su-

(1) *System des transscendentalen idealismus*, Berlín, 1800.

(2) Ese espíritu superior é infinito, del cual la naturaleza no es más que el lenguaje, es, según Berkeley, Dios. Lo demás es sombra. Lo que se llama orden exterior ó natural, Berkeley ni lo afirma ni lo niega, pero no se lo explica. Suprimid todos los espíritus y no quedará nada. Admitid el espíritu supremo y con él otros espíritus sobre los cuales ejerce su acción, y el mundo existirá.—Véanse sus *Dialogues between Hylas and Filonous* (1713).

puesto eso, y sólo la mala inteligencia ó la mala fe de los formalistas escolásticos podía suponerlo. No: el dinamismo no consiste en disolver el ser en *átomos de fuerza*, como el mecanicismo le disemina en *átomos de materia*, sino en difundirlo en el espacio, difusión que constituye propiamente el carácter material del conjunto de las fuerzas naturales. Un entendimiento menos que mediano basta para comprenderlo así.

Tampoco hay que buscar hilozoismo, sino por derivación muy remota, en las exageradas fantasías de ciertos dinamistas sobre la fuerza del universo considerada como principio de la inmortalidad personal de los seres (1). Yo no dudo que es conveniente y lícito ensanchar el concepto de la energía cósmica para fines de unificación metafísica. Más aún: así procuran hacerlo ya los mismos físicos. Uno muy eminente, Hirn, define las fuerzas como esencias que no son espíritu ni materia. Pero el autor de las *Consequences philosophiques de la termo-dinamique* no echa de ver que semejante concepción, lejos de destruir el dualismo de la materia y del espíritu, lo acentúa y exagera. Hirn quiere con ella significar que este dualismo se concilia en una noción superior: pero en lugar de concluir que las fuerzas son á la vez espíritu y materia, cree que son un intermedio entre ambas entidades ideales. Esto es limitarse al aspecto abstracto del problema, pues la experiencia enseña que no hay intermedio real (realizado) en la cantidad ni en la cualidad de los seres. Un tal intermedio sería el vacío, ó lo que es lo mismo, la nada. Nadie ignora que los físicos admiten que la continuidad de los cuerpos trae consigo la infinidad del espacio que los contiene. Este espacio, cuyas partes se nos muestran á un tiempo materiales y espirituales, es propiamente un todo continuo, un infinito. En su virtud, todos los cuerpos contenidos en él realizan la unidad en la variedad misma; y ¿por qué causa? porque no presenta lagunas de extensión en su movimiento ni en su masa. Si, por ejemplo, doy un paso adelante y me muevo con movimiento continuo, sin poder evitar una infinidad de posiciones intermedias, aunque mi paso no sea sensiblemente perceptible, ¿por qué no he de realizar aquella infinidad al andar? También por un paso más ó menos insensible se resuelven en seres muchas formas y los seres en especies y géneros. Todo está en todo, y el fondo de cada cosa envuelve siempre y en todas partes un infinito actual.

(1) Drossbach ha publicado un ensayo científico (*Die harmonie der ergebnisse der naturforschung*, etc., Leipzig, 1858) para reducir todas las cosas á "bolas dinámicas," algunas de las cuales dice ser tan grandes, que desde nuestro globo alcanzan á la Luna y hasta el Sol, constando cada átomo de una infinidad de bolas dinámicas de diferentes diámetros, aunque tienen todas un solo punto por centro. Afirma también que todos los cuerpos contienen un número infinito de mónadas capaces de tener conciencia de sí mismas, que llegan poco á poco al desarrollo de esa conciencia, pero que vuelven á su origen después de la muerte. Estas mónadas se reunen de nuevo en un tiempo muy remoto ó en otros globos, y forman otro hombre que recuerda su vida anterior. En sentido menos sutil habló Wagner de una substancia inmaterial é individual del alma que, combinada con el cuerpo durante la vida, podría quizá, después de desaparecer, pasar como la luz á otros espacios del mundo, y volver desde ellos á la tierra.

En esta ley única está comprendido y confundido el principio de que la materia y el espíritu son, como elementos del orden cósmico, cosas á un tiempo diferentes y semejantes entre sí. Lo que llamamos materia no es un *receptáculo*, sino un *resultado* de las fuerzas que obran simultáneamente sobre nuestra propia actividad espiritual. La materia es para el observador, lo mismo que para el pensador, un modo de representar las relaciones de espacio y tiempo. Estas relaciones son fuerzas inextensas é indivisibles; pero en su acción sobre nuestro organismo producen una extensión perceptible que se muestra en los puntos *inexternos*. «La substancia simple — dice Leibnitz — aunque no tenga en sí *extensión*, tiene *posición*, que es el fundamento de la extensión.» «El espacio es algo puramente relativo, como el tiempo. Es un *orden de coexistencias*, como el tiempo es un *orden de sucesión*.» A esta altura, el movimiento, medida del tiempo, no es más que un fenómeno exterior incapaz de hacerse inteligible por sí mismo.

Decía Adisson que el principio de gravitación universal en los cuerpos no puede ser explicado por ninguna cualidad conocida inherente á los mismos (1), ni por una ley de mecanismo, sino por una inmediata impresión del primer motor y de la divina energía actuando sobre lo creado. Mal entendida aquella frase, llegó á ser censurada con poco juicio; y sin embargo, á los ojos del hilozoista, esa afirmación es una de aquellas verdades que se llaman evidentes, puesto que basta entender los términos de la proposición para conocer la identidad del sujeto y del predicado. Todo cuanto hemos de consignar al ocuparnos de la universalidad y de la conservación de las fuerzas vitales y del problema de la muerte, nos conducirá á concluir que la materia ha tenido, en toda eternidad, por atributo la vida, á igual que el movimiento del cual la gravitación no es probablemente sino una modalidad. Si ahora yo llego á afirmar que el universo posee una tendencia psíquica, un proceso espiritual, existe motivo para preguntarme si los astros, como organismos ó individualidades superiores, no implican en su actividad etérea y en sus acompasados movimientos una vitalidad positiva, una espiritualidad real. Según la opinión de Lotze ¿no gozan los planetas como las aves cuan-

---

(1) Para el que haya pasado la vista por las obras de Newton, y muy especialmente por la titulada *Philosophiae naturalis Principia mathematica*, no puede menos de sorprender la sobriedad de su modo de pensar con respecto á la realidad ó apariencia de esa "atracción universal" que los materialistas modernos oponen por todos lados al hilozoismo como la cabeza de Medusa. Según Newton, la palabra atracción universal sirve sólo para representar la manera con que los cuerpos se mueven en el espacio. "Las cosas pasan — dice textualmente — *como si* esos cuerpos se atrajesen." En cuanto á la esencia, á la naturaleza de esa fuerza aparente, nadie la conoce (Defin. VIII). Más aún: la determinación de dicha fuerza se hace sólo matemática pero no físicamente. *Voces attractionis, impulsus, vel propensionis, cujuscumque in centrum, indifferenter et pro se mutuo promiscue usurpo, has vires non physice sed mathematice tantum considerando. Unde caveat lector, ne per hujusmodi voces cogitet me speciem vel modum actionis causamve aut rationem physicam alicubi definire, vel centris vires vere et physice tribuere si forte aut centra trahere dut vires centrorum ess dixere* (Ibid).

do con rápido vuelo hienden los espacios celestes? ¿Y cómo se podría explicar de otra manera la lucha por la existencia en el cielo geológico?

Parecen estas cosas escarceos de la imaginación para el mecanicista que no ve en el mundo más que materia ó movimiento de la materia; pero la lógica lleva al mismo mecanicista á adulterar el carácter y los efectos de los movimientos materiales. Si me dais una serie de vibraciones inorgánicas por causa primera de mis sensaciones, y colocáis también en ella la inteligencia libre, ¿qué viene á ser para mí esta inteligencia? Y si su fondo es material realmente, ¿para qué hablar de fuerzas inherentes á la substancia viva, de transmisión por herencia, de adaptabilidad? Puesto que los átomos reunidos en formaciones orgánicas están dotados de una tendencia á la vez conservadora y progresiva, todo mecanicista que habla de sensación tiene que definirla matemáticamente, si no quiere engañarse á sí mismo y engañar á sus lectores. Según esa regla, los átomos, sin *sentir* su situación recíproca, sin *gozar* el aumento de su bienestar interno por el equilibrio, sin *aspirar*, por tanto, á disminuir cuanto pueden la suma de sus impresiones de dolor en el estado de menor perturbación mutua, *deben*, porque *sí*, no se sabe por qué, llegar á realizar en los seres vivos aspiraciones, goces y sentimientos. ¡Oh, ciencia mecanicista!... Y por supuesto, los más de los que la cultivan habían de verse en grave aprieto si les preguntásemos por favor que nos explicasen en definitiva lo que entienden por materia y por movimiento de la materia. Estas consideraciones, susceptibles de mayor ampliación, nos ofrecen una prueba de la verdad de nuestra tesis, pero pueden demostrarnos aún otro género de verdades. La misma *actio in distans*, la acción inmediata á lo lejos, desterrada de la ciencia por puritanos reclutados entre empíricos exclusivistas que no pueden comprender jamás el poder del espíritu, recibe un poderoso apoyo en los datos presentados por los hilozoistas. Según la observación de Faraday, todo ente dinámico puntual está circundado de una esfera de acción que alcanza hasta donde va su actividad. Tuttle escribe también: «No hay soplo de aire, por ligero que sea, ni brisa tan tenue, que no recorran el orbe en su movimiento.» Y el astrónomo Zoellner dice: «Un cuerpo existe allí donde nuestro entendimiento coloca una parte de los efectos producidos por él y observados en nosotros ó en otros cuerpos.» En este sentido, la Luna, por ejemplo, está en la superficie de la Tierra cuando produce las mareas. Sólo es real lo que es activo, y lo que es activo lleva su realidad hasta donde llega su actividad.

Esta conclusión está palmaria y manifiestamente de acuerdo con las consecuencias psicológicas que deduciremos al ocuparnos, á propósito de la relación del alma con el cuerpo, de la forma en que se efectúa el tránsito de la acción física del cerebro á los hechos de conciencia correspondientes. La sensación no puede deducirse del movimiento ni concebirse mediante él; y para evitar incurrir en el dualismo rompiendo arbitrariamente la armonía de los fenómenos, y por tanto, volviéndolos inconcebibles, no nos queda otro recurso que el de introducir un atributo psíquico en la definición de la subs-

tancia de los fenómenos. En cuanto al pensar, no es resultado del movimiento, ni tampoco se origina movimiento del pensar; el pensamiento es un fenómeno simultáneo al movimiento (1). He aquí por qué el mecanicismo exclusivista, en sus tentativas para materializar lo espiritual, acaba por desanimarse.

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

LO PORVENIR

Verdaderamente es incomprensible que desconozcamos lo porvenir. Acaso bastase un lóbulo cerebral fuera de su sitio, la circunvolución de Broca orientada de modo diferente ó un pequeño haz de nervios agregado á los que forman la conciencia, para que el porvenir se desenvolviera ante nosotros con la misma nitidez, con la misma majestuosa é inmutable amplitud que despliega el pasado al esconderse, no sólo detrás del horizonte de nuestra vida individual, sino de la vida de la especie á que pertenecemos.

Una limitación curiosa de nuestra inteligencia nos impide conocer lo que sucederá, siendo así que sabemos lo que nos ha sucedido. Desde lo absoluto, á que nuestra imaginación se remonta, bien que no pueda permanecer en él, no hay razón alguna para que no veamos lo que aún no existe, supuesto que lo que con relación á nosotros no existe, debe forzosamente existir ya y manifestarse en alguna parte. De lo contrario podríamos aventurar que en lo concerniente al tiempo, somos el centro del mundo, los únicos que figurarán en la historia eterna de los efectos y de las causas, absurdo tan indiscutible con respecto al Tiempo como con respecto al Espacio, esa otra forma algo menos incomprensible del doble misterio infinito en que flota toda nuestra vida.

El Espacio nos es más familiar, porque las eventualidades de nuestro organismo nos ponen más directamente en comunicación con él y lo concretan. De ahí que ningún viajero se atreva

(1) Riehl: *Aegriff und form der philosophie.*—Frére: *Sensation et mouvement.*

á decir que no existen las ciudades por él no visitadas hasta el momento de arribar á ellas. Que es lo que hacemos, suponiendo inexistente un acontecimiento aún no llegado.

* * *

No pretendo extraviarme, siguiendo á tantos otros en el más insoluble de los enigmas. Digamos sólo que el Tiempo es un misterio dividido arbitrariamente por nosotros en pasado y en porvenir, para intentar comprenderlo. En realidad puede decirse que es un inmenso Presente, eterno, inmóvil, donde todo lo que ha tenido y tendrá lugar lo tiene indudablemente, sin que el mañana, á no ser en el espíritu efímero de los hombres se distinga del hoy y del ayer.

Se diría que el hombre tuvo siempre el sentimiento de que una simple debilidad de su espíritu le separa de lo porvenir.

Sabe que está viviente, actual y perfecto tras una especie de muro en torno del que no ha dejado de caminar desde su venida á la tierra, ó quizá lo siente en sí formando parte de sí mismo, sin que este conocimiento presente é inquietante pueda llegar por los canales de sus sentidos hasta la conciencia, único lugar donde los pensamientos adquieren nombre, fuerza utilizable, y, por decirlo así, derecho de ciudadanía humana. Sólo por vislumbres, por infiltraciones fortuitas y pasajeras penetran en su cerebro los años futuros, cuyas imperiosas realidades le rodean por todas partes. Extraño parece que un extraordinario azar haya cerrado casi herméticamente al porvenir este cerebro que se sumerge todo en él, como un vaso sellado se sumerge incesantemente en lo profundo de un mar monstruoso, cuyas olas devoran acariciando.

Siempre se quisieron ver grietas en este muro, provocar infiltraciones en este vaso, derribar las paredes que separan á la razón—que apenas si sabe nada—del instinto que lo sabe todo, pero que no puede servirse de su ciencia. Parece ser que más de una vez se ha conseguido. Hubo visionarios, profetas, sibilas, pitonisas, en quienes una dolencia, un sistema nervioso espontáneo ó artificialmente hipertrofiado, permitieron establecer comunicaciones insólitas entre lo consciente y lo inconsciente, entre la vida del individuo y la de la especie, entre el hombre y su dios ignoto, dejando de esta posibilidad testimonios tan irre-

cusables como ningún otro testimonio histórico. Por otra parte, como estos extraños intérpretes, estos grandes histéricos misteriosos, por cuyos nervios circulaban y se mezclaban de tal suerte el presente y lo venidero, aparecían rara vez, se descubrió ó se creyeron descubrir procedimientos empíricos para llegar á descifrar casi mecánicamente el formidable enigma, la eterna interrogación. De ahí las interpretaciones que se dan, al vuelo de las aves, al curso de los astros, al fuego, á los sueños y demás especies de adivinación transmitida por los autores de la antigüedad.

* * *

La ciencia de lo porvenir ha perdido hoy el esplendor de otras épocas, hasta el punto de no formar parte de la vida pública ni religiosa de las naciones. El presente y el pasado nos revelan tales prodigios, que bastan á calmar nuestra constante inquietud por lo maravilloso. En nombre de lo que es, ó de lo que fué, hemos renunciado á interrogar lo que pudiera ser ó lo que será, y la vieja y venerable ciencia que tan profundas raíces echó en el instinto infalible del hombre, se refugia en los rincones más sombríos, en los ambientes más vulgares, más crédulos, más ignorantes, más despreciables.

Ahí he ido á buscarla, no á los libros, sino á la vida real, y entre los humildes fieles que confían en ella y cotidianamente le piden un consejo ó un estímulo. Y sin apriorismos ridículos, sin necias preconcepciones investigué con fe; que más vano que admitir ciegamente los milagros, es reirse ciegamente de ellos, pues hay oculto en todo obstidado error una verdad que espera, para surgir, su hora propicia.

* * *

Pocas ciudades me hubiesen ofrecido más vasto y fecundo campo de experimentación que París. En él, pues, llevé á cabo mi requisitoria. Para comenzarla escogí el momento en que preparaba la realización de un proyecto harto importante. No entraré en detalles. Baste saber que había en torno de él una infinidad de intrigas y no pocas malas voluntades. Las fuerzas se contrabalanceaban, y con arreglo á la lógica humana, era imposible prever quién había de salir vencedor. Tenía, por tanto,

que plantear al porvenir cuestiones muy precisas, condición indispensable, pues si muchos se quejan de que nada les dice, es porque generalmente le interrogan cuando nada hay en su existencia que pueda variar.

Fuí á ver sucesivamente astrólogos, quirománticos y sibilas de baja estofa que se jactan de leer lo porvenir en las cartas ó en la florescencia de la clara de huevo disuelta en agua, etc. (No hay procedimiento despreciable. Bajo los más extraños preparativos y las más absurdas prácticas suele haber una pequeña parte de verdad). Fuí también á ver á las más célebres profetisas que, con el nombre de sonámbulas, videntes, *mediums*, etcétera, saben sustituir á su conciencia, la conciencia y hasta la inconsciencia de los que les interrogan, y que son, en suma, las herederas más directas de las antiguas pitonisas. Encontré en este mundo desconyuntado, embaucamientos, simulacros y groseras mentiras; pero también tuve ocasión de estudiar fenómenos curiosísimos é indiscutibles. Es verdad que no bastan para dedicir si es dado al hombre romper el tejido de ilusiones que lo porvenir desvanece, pero esclarece con luz vivísima ese lugar que creemos inviolable, el *sancta sanctorum* del *Templo sepultado* donde nuestros pensamientos más íntimos y las fuerzas que bajo ellos están y que para nosotros son ignotas, entran y salen sin que lo sepamos y buscan la misteriosa ruta que conduce á los acontecimientos futuros.

* * *

Sería enojoso relatar lo que entre profetas y videntes me acaeció. Limitaréme á referir brevemente una de las experiencias más curiosas que resume las otras, puesto que psicológicamente todas son casi idénticas.

La vidente en cuestión es una de las más célebres de París. Pretende encarnar en su ser hipnótico el espíritu de una muchacha desconocida, llamada Julia. Después de hacerme sentar ante una mesa, me recomendó que tutease á Julia y la hablase con dulzura, como á una niña. Luego, sus rasgos, sus manos, todo su cuerpo se convulsionó desagradablemente durante unos segundos; sus cabellos se erizaron, y la expresión de su rostro, completamente demudado, se hizo ingenua y pueril. Una voce-

cita de niña, aguda y clara, salió entonces de aquel cuerpo robusto de mujer ya madura, y me preguntó ceceando un poco: «¿Qué quieres? ¿Tienes disgustos? ¿Vienes á verme por ti ó por otra persona?—Por mí.—Bien: ¿quieres ayudarme un poco? Condúceme imaginariamente al lugar donde residen tus disgustos.» Concentré mi atención en el proyecto que me ocupaba, y en los diversos actores del drama latente aún. Entonces, poco á poco, después de algunas tentativas preliminares, y sin que yo la ayudase ni con una palabra, ni con un gesto, penetró realmente en mi pensamiento, y leyó, por decirlo así, como en un libro ligeramente borroso; situó con mucha exactitud el lugar de la escena, reconoció á los personajes principales y los descubrió sumariamente, con pequeños toques infantiles, pero justos y precisos. — Está muy bien, Julia — le dije en este mismo instante—pero todo eso ya lo sé; lo que me falta saber, es lo que sucederá después...

—Lo que sucederá, lo que sucederá...—¿Queréis saber lo que sucederá? Pues eso es muy difícil. Pero al menos, ¿cómo acabará el asunto? ¿Ganaré yo?...

—Sí, sí; no tengais miedo, yo os ayudaré; quedaréis satisfecho.—Pero el enemigo de quien tú me has hablado, el que me resiste y me quiere mal...—No, no; no es por ti, es por causa de otra persona... No veo por qué... ¡Oh, la detesta, la odia, la odia!...

Y como la amáis, no quiere que hagáis por ella todo lo que querríais hacer... (Decía verdad.) — Pero—insistí—¿persistirá hasta el fin? ¿no cederá?...

—¡Oh, no le temo!... Lo veo, está enfermo, no vivirá mucho tiempo...

—Te engañas, Julia; lo he visto anteayer, goza de buena salud...—No, no importa; está enfermo... No se ve; pero está enfermo... Debe morir muy pronto... Pero ¿cuándo y cómo?

—Hay sangre sobre él, en torno de él, por todas partes... ¿Sangre?... ¿Es un duelo (había pensado, por un instante, hallar ocasión de batirme con mi adversario), un accidente, un asesinato, una venganza? (Era un hombre injusto y poco escrupuloso, que había causado mal á muchas personas).

—No, no me preguntéis más... Estoy muy cansada... Dejadme marchar...

—No te dejaré antes de saber...

—No, no puedo decir nada... Estoy fatigada en demasía... Dejadme marchar... Sed bueno; yo os ayudaré.»

Una crisis semejante á la anterior convulsionó el cuerpo donde se había ahogado la vocecita, y la máscara de la cuarentona cubrió nuevamente el rostro de la mujer, que parecía salir de un largo sueño. ¿Será preciso añadir que no nos habíamos visto jamás antes de esta entrevista y que nos desconocíamos tan profundamente como si hubiésemos nacido en dos planetas distintos?

* * *

Análogos fueron, en suma, con detalles menos característicos y menos demostrativos, los resultados de casi todas las experiencias en que las videntes estaban sinceramente dormidas. A fin de obtener una especie de contraprueba, envié á casa de la mujer que «Julia» había escogido por intérprete, dos personas cuya inteligencia y buena fe me eran notorias. Como yo, tenían que proponer al porvenir una cuestión importante y precisa, que sólo la suerte ó el destino resolvería. A una de ellas, que interrogaba sobre la enfermedad de un amigo, Julia le predijo la muerte del tal; y los acontecimientos justificaron su predicción, aunque en el momento que la hizo fuese aquello bastante improbable. A otra, que preguntó cómo terminaría un proceso, respondióle harto evasivamente; por el contrario, le reveló el lugar donde encontraría un objeto de gran valor para la persona que le consultaba, perdido hacía ya mucho tiempo, y buscado infructuosamente no pocas veces.

Por lo que á mí respecta, la profecía de Julia se realizó en parte, y aun sin que yo triunfase, el asunto se arregló del modo más satisfactorio por otras razones. La muerte del adversario no ha llegado, pero yo voluntariamente dispenso al porvenir la promesa que me hizo la hija de un mundo desconocido.

(Concluirá.)

MAURICIO MAETERLINK.

(De la nueva revista española *Helios*).



DESPEDIDA DEL SR. MELIÁN

Los teosofistas españoles acaban de sufrir la prueba de ver separarse de su lado, por tiempo indefinido, á uno de sus compañeros más antiguos, al Director que fué hasta ahora de SOPHIA, al traductor de *La Doctrina Secreta*, al hermano de los primeros tiempos, en suma, D. José Melián, cuyo nombre y cuyos trabajos son bien conocidos del público teosófico hispanoamericano.

Asuntos ineludibles obligan al amigo querido á trasladarse á Sudamérica, en donde es de esperar encontrará y gozará de todas las simpatías que el Nuevo continente guarda para los espíritus del temple del suyo.

La Rama de Madrid de la Sociedad Teosófica hace votos fervientísimos porque la separación del querido compañero sea lo más breve posible y redunde en bien suyo, y no otra cosa desearán seguramente las numerosas relaciones que aquí deja el que fué Director de SOPHIA.

La despedida del Sr. Melián, verificada el día 5 de este mes, fué un acto que demostró esto que decimos. Numerosas y distinguidas familias ocupaban el andén, encontrándose entre ellas la del diputado Sr. Poggio, Dr. Calvo, Mr. Spihber, los Sres. Doreste y Treviño, en representación de los teosofistas españoles, y otros cuyos nombres no recordamos.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

«Hace un año, algunos asuntos me hicieron ir á Tinevelli»—continuó él.—«Estaba con un amigo mío, que es un shanar, y se me permitió presenciar una de las ceremonias en honor de los demonios. Ningún europeo ha presenciado todavía este culto, digan lo que digan los misioneros; pero hay muchos convertidos entre los shanaras, que de buen grado las describen á los *padres*. Mi amigo es un hombre rico, lo cual es probablemente la razón de que los demonios sean especialmente malos con él. Envenenan su ganado, echan á perder sus siembras y sus plantaciones de café, y persiguen á sus numerosos parientes, enviándoles insolaciones, locura y epilepsia, cuya enfermedad presiden especialmente. Estos perversos demonios se han establecido en todos los rincones de sus extensas tierras, en los bosques, en las ruínas y hasta en los establos. Para contrarrestar todo esto, mi amigo cubrió sus tierras de pirámides de estuco y oró humildemente, pidiendo á los demonios que dibujasen sus retratos en cada una de ellas, de manera que él pudiera reconocerlos, y adorar á cada uno separadamente, como el dueño legítimo de ésta ó de aquella pirámide particular. ¿Y qué creéis que sucedió?... A la mañana siguiente se encontraron las pirámides cubiertas de dibujos. Cada uno de ellos tenía un parecido increíble con un muerto de la vecindad. Mi amigo había conocido personalmente á la mayor parte de ellos. También encontró un retrato de su propio padre difunto en el lote. . .»

«Y bien, ¿quedó satisfecho?»

«¡Oh! quedó muy contento, muy satisfecho. Esto le permitía escoger con acierto la cosa apropiada para satisfacer los gustos personales de cada demonio. No se disgustó por encontrar el retrato de su padre. Este era algún tanto irascible; una vez por poco le rompe las piernas á su hijo, administrándole el castigo paterno con una barra de hierro, de suerte que después de muerto no podía ser muy peligroso. Pero otro retrato que se encontró en la mejor y más bonita pirámide, llenó de asombro á mi amigo y lo puso en un aprieto. Todo el distrito reconoció á un oficial inglés, cierto capitán Pole, quien en vida fué el mejor caballero que pudiera desearse.»

«¿De veras? ¿Pero queréis decir que esa extraña gente adoró también al capitán Pole?»

«¡Por supuesto que sí! El capitán Pole era un hombre tan bueno, un oficial tan honrado, que después de su muerte no podía menos de ser promovido al rango más elevado entre los demonios shanaras. La casa demoniaca Pe-kovil, consagrada á su memoria, se halla al lado de la Pe-kovil Bhadrakâli, que fué conferida recientemente á la esposa de cierto misionero alemán, que también era una señora muy caritativa, y que, por tanto, es ahora muy peligrosa.

«¿Pero cuáles son sus ceremonias? Decidnos algo acerca de sus ritos.»

«Sus ritos consisten principalmente en bailar, cantar y sacrificar animales. Los shanaras no tienen castas y comen toda clase de carnes. La multitud se reune en los alrededores del Pe-kovil previamente designado por el sacerdote; hay un toque general de tambores y matanza de aves, carneros y cabras. Cuando llegó el turno al capitán Pole mataron un buey, como atención respetuosa al gusto particular de su nación. El sacerdote se presentó cubierto de bangles, llevando en la mano una vara en la que sonaban innumerables campanillas, adornado el cuello con guirnaldas de flores rojas y blancas, y puesto un manto negro en el que estaban bordados los demonios más feos que podéis imaginaros. Sonaban los cuernos, y los tambores tocaban incesantemente. Y, ¡oh! se me había olvidado deciros que había también una especie de violín, cuyo secreto es sólo conocido de los sacerdotes shanaras. El arco es bastante común, hecho de bambú, pero se susurra que las cuerdas son venas humanas.

. . . Cuando el capitán Pole tomó posesión del cuerpo del sacerdote, éste dió un gran salto, se precipitó sobre el buey y lo mató. Bebió la sangre caliente y luego principió su baile, pero ¡qué espectáculo horrible era el tal baile! Sabéis que no soy supersticioso. . . ¿No es verdad?. . .»

Sham Rao nos miró interrogándonos, y yo, por mi parte, me alegré de que en aquel momento Miss X. estuviese á media milla de distancia, dormida en el howdah.

«Daba vueltas y más vueltas como si estuviera poseído por todos los demonios de Nâraka. La rabiosa multitud gritaba y aullaba cuando el sacerdote principió á infligirse profundas heridas en todo el cuerpo con el sangriento cuchillo sacrificador. El verle con sus cabellos flotando al viento y la boca cubierta de espuma, bañado en la sangre del animal sacrificado mezclada con la suya propia, era más de lo que yo podía soportar. Me sentía como alucinado, se me figuró que estaba dando vueltas. . .»

Sham Rao se interrumpió bruscamente, mudo de sorpresa. ¡Kangalim estaba ante nosotros!

Su aparición había sido tan inesperada, que todos quedamos suspensos. Atentos á la descripción de Sham Rao, no habíamos visto ni cómo ni de dónde había salido. Si hubiese surgido de debajo de la tierra, no nos hubiera asombrado más. Narayan la miró fijamente abriendo desmesuradamente sus grandes y negrísimos ojos; el Babu chasqueó la lengua lleno de confusión.

Imagináos un esqueleto de siete pies de altura, cubierto de una piel obs-

cura, con la cabeza de un niño pequeño muerto pegada á sus huesosos hombros; los ojos tan extremadamente hundidos, y al mismo tiempo lanzando miradas de fuego tan endemoniadas, sobre todo el cuerpo de uno, que el cerebro pareció paralizado, los pensamientos embrollados y la sangre helada en las venas.

Describo mis impresiones personales, y no tengo palabras para hacerlo con exactitud. Mi descripción es demasiado débil. Mr. I. y el coronel palidecieron bajo su mirada, y Mr. I. hizo un movimiento como si fuera á levantarse.

Inútil es decir que no podía durar semejante impresión. Se desvaneció con la rapidez con que había venido, tan pronto como la bruja volvió sus relampagueantes ojos hacia la multitud arrodillada. Sin embargo, toda nuestra atención quedó fija en ente tan notable.

¡Trescientos años de edad! ¿Quien podía saberlo? A juzgar por su apariencia pudieran conjeturarse mil igualmente. Contemplábamos una genuína momia viviente, ó más bien una momia dotada de movimiento. Parecía que había estado arrugándose desde el principio de la creación. Ni el tiempo, ni los males de la vida, ni los elementos podían afectar á esta viva estatua de la muerte. La mano destructora del tiempo la había tocado y se había detenido. El tiempo no podía hacer más, y así la había dejado. Y con todo esto sin una sola cana. Sus largas guedejas negras brillaban con un lustre verdoso, y caían en pesadas masas hasta sus rodillas.

Con gran vergüenza mía debo confesar que un repugnante recuerdo me pasó por la imaginación. Pensé en que el pelo y las uñas de los cadáveres crecían en las tumbas, y traté de examinar las uñas de aquella vieja.

Mientras tanto ella permanecía inmóvil, como si se hubiese transformado repentinamente en un feo ídolo. En una mano sostenía un plato con un pedazo de alcanfor ardiendo; en la otra un puñado de arroz, y no apartaba sus ojos flamígeros de la multitud. La llama de pálido amarillo del alcanfor fluctuaba en el viento y alumbraba su cabeza de muerto, casi tocándole la mejilla; pero ella no se cuidaba de esto. Su cuello, tan arrugado como una seta y delgado como un palo, estaba rodeado de tres filas de medallones de oro; su cabeza adornada con una serpiente de oro; su cuerpo grotesco, apenas humano, estaba cubierto de un pedazo de muselina de un amarillo azafranado.

Las muchachitas endemoniadas levantaron sus cabezas de debajo de las hojas lanzando una especie de aullido animal prolongado. Su ejemplo fué seguido por el viejo que yacía extenuado por su frenético baile.

La bruja movió la cabeza convulsivamente y principió sus invocaciones, levantándose sobre la punta de los pies como movida por una fuerza externa.

«La diosa, una de las siete hermanas, principia á posesionarse de ella»—murmuró Sham Rao, sin pensar siquiera en enjugarse las gruesas gotas de sudor que corrían de su frente. «¡Miradla, miradla!»

Este consejo era, á no poder ser más, supérfluo; no mirábamos otra cosa.

En un principio los movimientos de la bruja eran lentos, sin igualdad, algún tanto convulsivos; luego, gradualmente, se hicieron menos regulares; por último, como si se ajustase á la cadencia de los tambores, inclinando su largo cuerpo hacia adelante, y retorciéndose como una anguila, empezó á dar vueltas y más vueltas alrededor de la hoguera. Una hoja seca movida por el huracán no podría volar más velozmente. Sus desnudos pies huesosos chocaban sin ruído sobre el pavimento de rocas. Las largas guedejas de sus cabellos flotaban en derredor suyo como serpientes, azotando á los espectadores que, arrodillados, extendían las manos hacia ella, y retorciéndose como si fuesen seres vivientes. El que era tocado por una de las guedejas de la furia, caía en tierra como anonadado por la dicha, gritando gracias á la diosa y considerándose por siempre bendito. No era ningún cabello humano el que tocaba al dichoso elegido, era el de la diosa misma: una de las siete.

Más y más velozmente se movían sus decrépitas piernas; las manos jóvenes y vigorosas del tamborilero apenas podían seguirlas. Pero ella no pensaba en seguir la medida de su música, sino que se precipitaba, volaba hacia adelante. Mirando fijamente con sus órbitas, inmóviles y sin expresión, algo para nuestros ojos mortales invisible, apenas si miraba á sus adoradores; luego su mirada se hizo de fuego, y aquel en quien fijaba la vista, se sentía arder hasta la médula de los huesos. A cada mirada arrojaba algunos granos de arroz. El pequeño puñado parecía inagotable, como si la arrugada palma contuviese el saco sin fondo del príncipe Fortunato.

Repentinamente se detuvo como herida del rayo.

La loca carrera en torno de la hoguera había durado doce minutos, pero en vano tratamos de ver el menor vestigio de fatiga en la cara cadavérica de la bruja. Se detuvo sólo por un momento, únicamente el tiempo necesario para que la diosa la dejara. Así que se sintió libre, de un solo esfuerzo saltó por encima de la hoguera, y se sumergió en el profundo estanque al lado del pórtico. Entonces sólo se sumergió una vez, y mientras permanecía debajo del agua, la segunda diosa de las hermanas penetró en su cuerpo. El muchachito vestido de blanco le presentó otro plato con un nuevo trozo de alcanfor en momento oportuno, el cual cogió la bruja, precipitándose de nuevo en su furiosa carrera.

El coronel estaba sentado con el reloj en la mano. Durante la segunda obsesión la bruja corrió, saltó y voló exactamente durante catorce minutos. Después de esto se sumergió dos veces en el estanque en honor de la segunda hermana, y con cada nueva obsesión aumentaba el número de sus inmersiones, hasta llegar á seis.

Hacía hora y media que había principiado la carrera. Durante todo este tiempo la bruja no descansó jamás, deteniéndose sólo unos segundos para desaparecer debajo del agua.

«¡Es un demonio, no puede ser una mujer!»—exclamó el coronel viendo la cabeza de la bruja sumergirse por sexta vez.

«Que me cuelguen si lo sé»—refunfuñó Mr. I. tirándose nerviosamente

de la barba.—«Lo único que sé es que un grano de su maldito arroz ha entrado en mi garganta y no puedo echarlo fuera.»

«¡Silencio, silencio! por Dios callάos» —, imploró Sham Rao.—«Al hablar echaréis todo á perder.»

Miré á Narayan y me perdí en conjeturas. Sus facciones, que comúnmente parecían tan serenas y tranquilas, estaban alteradas en este momento por una profunda sombra de sufrimiento. Sus labios temblaban, y sus pupilas estaban dilatadas como por una dosis de belladona. Sus ojos miraban por encima de las cabezas de la multitud, como si en su repugnancia tratase de no ver lo que pasaba ante él, y al mismo tiempo no pudiese verlo, absorto en una profunda meditación que lo llevase lejos de nosotros y de todo lo que allí pasaba.

«¿Qué es lo que le sucede?» pensé; pero no tuve tiempo de preguntarle, porque la bruja estaba de nuevo en plena carrera, dando caza á su propia sombra.

Mas con la séptima diosa se cambió un poco el programa. La carrera de la vieja se transformó en saltos. Algunas veces se doblaba hacia el suelo como una pantera negra, y saltaba hacia algún adorador, y deteniéndose ante él, le tocaba en la frente con el dedo, mientras que su delgado y largo cuerpo era sacudido por una risa silenciosa. Luego, otra vez, como si retrocediese ante su propia sombra, cazada por ella en algún juego extraño, la bruja nos aparecía como la horrible caricatura de Dinorah, bailando su danza loca. Súbitamente se enderezó todo lo que pudo, lanzóse hacia el pórtico, y acurrucada ante el encendido incensario, se dió de cabezadas contra los peldaños de granito. Otro salto, y se encontró muy cerca de nosotros, ante la cabeza del monstruoso sivaterio. Se arrodilló de nuevo, é inclinó la cabeza varias veces hacia el suelo, haciendo el sonido de un barril vacío al chocar con un cuerpo duro.

Apenas tuvimos tiempo de ponernos en pie de un salto y retroceder, cuando apareció sobre la cabeza del sivaterio, de pie entre los cuernos.

Solo Narayan no se movió, y sin temor alguno miró directamente á los ojos de la espantosa hechicera.

Pero ¿qué era esto? ¿Quién hablaba con aquel tono varonil profundo? Sus labios se movían, de su pecho salían aquellas frases veloces y abruptas, pero la voz sonaba hueca como si viniese de debajo de tierra.

«Silencio, silencio»—murmuró Sham Rao—«va á profetizar.» «¿Ella?»—preguntó con incredulidad Mr. I.—«¿Es esto una voz de mujer? no lo creo ni por un momento. Algún tío compinche debe de haber en algún lado. ¡No el tío fabuloso de quien heredó, sino uno muy vivo y verdadero!...

Sham Rao brincó ante la ironía de la suposición, y lanzó una mirada de súplica al que hablaba.

«Desgraciados de vosotros, desgraciados de vosotros» — resonaba la voz. — «¡Desgraciados de vosotros, hijos del impuro Jaya y Vijaya! por los incrédulos burladores que se estacionan en la gran puerta de Shiva. ¡Vosotros,

malditos por ochenta mil sabios! ¡Desgraciados de vosotros que no creéis en la diosa Kâli, y vosotros que nos negáis á sus Siete divinas Hermanas! ¡Buitres de patas amarillas, comedores de carne, amigos de los opresores de nuestro país; perros que no se avergüenzan de comer en la misma artesa con los Bellati!» (extranjeros).

«Me parece que vuestra profetiza sólo predica el pasado»—dijo Mr. I. filosóficamente, metiendo las manos en los bolsillos. —«Cualquiera diría que alude á vos, querido Sham Rao.»

«Sí, y á nosotros también»—murmuró el coronel, que evidentemente parecía empezar á sentirse inquieto.

En cuanto al desgraciado Sham Rao, rompió en un sudor frío, y trató de asegurarnos que estábamos equivocados, que no entendíamos bien su lenguaje.

«No es de vosotros, no es de vosotros; es de mí de quien habla, porque estoy al servicio del Gobierno. ¡Oh! es inexorable.»

«¡Râksharas! ¡Asuras!» —tronó la voz.—«¿Cómo osáis aparecer ante nosotros?, ¿Cómo os atrevéis á estar en este lugar sagrado con botas hechas con la piel de la vaca sagrada? Malditos seáis por la eterni...»

Pero su maldición no estaba destinada á concluirse. En un instante el hercúleo Narayan cayó sobre el sivaterio y volcó toda la pila, la calavera, los cuernos y la Pythia endemoniada inclusive. Un segundo más y nos pareció ver volar la bruja en el aire hacia el pórtico. Una visión confusa de un corpulento y afeitado brahman, que aparecía súbitamente de debajo del sivaterio, y desaparecía por modo instantáneo en el hueco debajo del mismo, pasó como un relámpago ante mis ojos dilatados.

Pero ¡ay! escasamente había pasado el tercer segundo, cuando todos llegamos á la embarazosa conclusión de que, á juzgar por el ruidoso golpe de la puerta de la cueva al cerrarse, la representante de las Siete Hermanas había huído ignominiosamente. En el momento en que desapareció de nuestra vista inquisitorial á su dominio subterráneo, todos comprendimos que la voz hueca, antiterrestre que habíamos oído, no tenía nada de sobrenatural, y que pertenecía al brahman oculto debajo del sivaterio: á un tío viviente, como Mr. I. había supuesto con razón.

. . . .

¡Oh, Narayan! cuán descuidada, cuán desordenadamente gira el mundo en torno nuestro... Principio á dudar seriamente de su realidad. Desde este momento creeré firmemente que todas las cosas del universo no son más que ilusiones, un mero Mâyâ. Me estoy convirtiendo en vedantino... Dudo que en todo el universo pueda verse nada más objetivo que una bruja hinda huyendo del chaparrón.

. . . .

Miss X. se despertó y preguntó qué significaba todo aquel ruido. El ruido de muchas voces y el sonido de los muchos pasos que se alejaban, la retira-

da general de la multitud, la habían asustado. Nos escuchó con sonrisa condescendiente y con unos cuantos bostezos, y se volvió á dormir.

Al día siguiente, al amanecer, dijimos adiós, de mala gana, hay que confesarlo, á nuestro buen Sham Rao. La fácil y concluyente victoria de Narayan pesaba sobre su mente. Su fe en la santa ermitaña y las siete diosas, estaba muy vacilante por la vergonzosa capitulación de las Hermanas, que se habían rendido al primer golpe de un mero mortal. Pero durante las negras horas de la noche había tenido tiempo de pensar sobre ello, y de sacudir de sí el embarazoso sentimiento de haber involuntariamente descarriado y chasqueado á sus amigos europeos.

Al despedirse de nosotros, Sham Rao parecía aún confuso, y nos expresó sus mejores deseos de su parte y de la de su familia.

En cuanto á los héroes de este fiel relato, volvieron á montar en sus elefantes, y dirigieron sus pasos hacia la carretera y Jubbulpore.

(Se continuará.)

NOTAS Y RECORTES

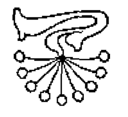
Orientalismo en el Japón. Acaba de fundarse en el Japón la *Unión Internacional de Orientalistas* del Hemisferio del Pacífico. Su organizador, C. Pfoundes, japonés entusiasta de Europa, nos envía profusión de anuncios de la citada Unión y nos ruega hagamos conocer su deseo de recibir adhesiones europeas. Para informes no hay más que dirigirse á «*C. Pfoundes*. Intelligence Agency. *Kobe, Hiogo, Japan*». Piensa además C. Pfoundes organizar en su país un grupo independiente de Estudios esotéricos, cuyo principal objeto será el estudio del simbolismo oriental.

Mucho nos alegraremos de que el futuro *Grupo independiente* no se parezca en nada al desprestigiado que preside Papus y otros pseudo esoteristas parisienses.

Nueva revista. Hemos recibido el segundo número de *Helios*, nueva y elegante revista que ha comenzado á publicarse en Madrid. *Helios* forma un tomo de 150 páginas de original de los más significados representantes de la nueva literatura en España. Viene á ser la única

revista española verdaderamente consagrada al Arte y á la Literatura puros. Saludamos á sus fundadores y queridos amigos Sres. González-Blanco (P.), J. R. Jiménez, Martínez-Sierra, Lamarca y Pérez de Ayala, y hacemos votos sinceros por la prosperidad de la tentativa. *Helios* tiene su sede en Madrid, Lista, 8, 3.°

Traducción importante. Debida á la amabilidad de nuestro colaborador D. Rafael Urbano, recibiremos en breve la traducción directa del latín de una curiosa é importante obra del antiguo filósofo pitagórico Okellus de Lucania, que no creemos haya sido traducida hasta ahora. Dada la escasez de documentos dignos de fe que nos han quedado sobre la filosofía pitagórica, no vacilamos en asegurar que el Sr. Urbano presta un verdadero servicio á la historia de la filosofía en general y de la literatura teosófica en particular, sacando del olvido la citada obra que será publicada por primera vez en Sophía.



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.